

**RESISTENCIA CONTRA-HEGEMÓNICA Y POLISEMIA:
CONFORMACIÓN ACTUAL DEL MOVIMIENTO DE MUJERES/FEMINISTAS
EN COLOMBIA***

*Doris Lamus**
Universidad Autónoma de Bucaramanga*

*No es la pobreza de significados, sino, la polisemia, la
que desarticula una estructura discursiva...
Laclau y Mouffe (2005: 154)*

Resumen: *El presente artículo pretende demostrar que en Colombia y en América Latina en general, se ha construido históricamente, tanto desde el punto de vista empírico como desde el discurso instaurado, un movimiento social de mujeres. Para ello, la autora describe brevemente el sustento teórico del tema, con el ánimo de aportar elementos a su argumentación. Seguidamente realiza una reseña histórica de la conformación y evolución de los movimientos sociales, especialmente de mujeres, en esta región y plantea algunas consideraciones a modo de conclusión acerca de los avances y limitaciones de la movilización y resistencia de las mujeres en el siglo XXI, y sobre el rumbo que deberían tomar de aquí en adelante.*

Palabras clave: *movimiento social de mujeres, feminismo, Colombia, América Latina, siglo XXI*

Abstract: *The present article proposes to show that a women's social movement has been built historically in Colombia and Latin America in general, both from the empirical viewpoint and from that of discourse. The author describes the theoretical underpinning of this subject, in order to contribute elements to its argumentation. Then a historical review is carried out about the formation and evolution of social movements in this region, especially those of women. By way of conclusion, some considerations are posed about the progress and limitations of women's mobilization and resistance in the XXI century, and about the direction they should take in the future.*

Key words: *women's social movement, feminism, Colombia, Latin America, XXI century*

¿Qué es y qué no es un movimiento social? ¿Existe uno o varios movimientos sociales? En el caso de la resistencia y la movilización organizada de mujeres, ¿cómo se pueden abordar estos interrogantes? ¿Qué ha pasado con ellas en Colombia en la transición al siglo XXI?

Estas y otras preguntas pueden surgir en el debate. Si bien la intención de este escrito es dar cuenta de su conformación empírica, es indispensable abordar, así sea sintéticamente, el marco teórico en el cual se inscribe este trabajo, para sustentar en alguna medida la argumentación.

Básicamente, lo que pretendo sostener es que sí hemos construido históricamente, en Colombia y en el concierto de países latinoamericanos, movimiento social en un doble sentido: en tanto hecho empírico de acción colectiva y en tanto construcción discursiva de la cual da cuenta la academia, en investigaciones y escritos de diversa extensión y densidad.

Así, al tiempo que la acción social colectiva se manifiesta, se elaboran conceptos, nociones, categorías, enfoques, paradigmas, que pretenden explicar, interpretar o analizar, ese cierto tipo de acción definido como «movimiento social». Es decir, sobre el fenómeno social empírico se construyen y reconstruyen procesos cognoscitivos e interpretativos por parte de los analistas,

*Artículo tipo 2 (de reflexión) según clasificación de Colciencias. Pertenece a la tesis doctoral (2007) *De la subversión a la inclusión: Movimiento(s) de mujeres de la segunda ola en Colombia, 1975 – 2005*. Quito, Ecuador: Universidad Andina Simón Bolívar.

** Profesora titular de la Universidad Autónoma de Bucaramanga, Instituto de Estudios Políticos. Doctorado en Estudios Culturales Latinoamericanos. Universidad Andina Simón Bolívar, UASB, Ecuador. Título de la tesis: *De la subversión a la Inclusión: Movimiento (s) de Mujeres de la Segunda Ola en Colombia*, 2007. Ha publicado varios artículos en revistas especializadas, entre ellos: «Naciones Unidas y la institucionalización del discurso sobre la mujer». En: *Memorias del XIII Congreso Colombiano de Historia*, 2006, UIS, Bucaramanga; y «Nuevas formas de paternidad y maternidad. El caso de Bucaramanga» En: *XI Congreso Colombiano de Historia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2000. Dirección Electrónica: curramba25@yahoo.com

que dan nombre y contribuyen a dotar de sentido las prácticas sociales.

En esta perspectiva, el *movimiento social* como *categoría analítica*, ha sido desarrollado por las Ciencias Sociales y –hoy utilizado con muy diversas connotaciones– por los Estudios Culturales, para captar/interpretar las demandas, los desafíos y las luchas por diversas reivindicaciones, expresadas por colectivos particulares, más o menos organizados, con alguna regularidad y permanencia en el tiempo, generalmente como cuestionamiento frente a las instituciones del Estado y a la sociedad en su conjunto.

Una definición clásica sostiene que, un movimiento social es «aquél por el cual una categoría social, siempre particular, pone en cuestión una forma de dominación social, a la vez particular y general, e invoca contra ella valores, orientaciones generales de la sociedad que comparte con su adversario para privarlo de tal modo de legitimidad» (Touraine, 2000:99). No toda lucha social lleva en sí un movimiento social, pero «siempre hay que buscar en ellas la presencia de éste, es decir de un *proyecto cultural asociado a un conflicto social*» (Touraine, 2000: 100-110).

Los desarrollos recientes acerca de este debate plantean problemas derivados de la complejidad que el mundo contemporáneo presenta, en tanto expresiones de lucha y acción colectiva que cuestionan las formas –también complejas– de ejercicio del poder, ya no sólo local, nacional o transnacional, sino global. Es así como se ha adoptado desde hace ya algunas décadas, la denominación de «nuevos» movimientos sociales, para referirse a aquéllos que no tienen prioritariamente la meta de conquistar el Estado.

Sin embargo, alrededor del asunto de la «novedad», algunos de quienes defendieron en un principio esta idea, reconocen ahora la *inutilidad* de esta discusión, subrayando en su lugar, la naturaleza de los cambios que se han dado en la sociedad en la cual los actores sociales colectivos orientan sus demandas. Melucci (1998: 367-368) sostiene que de lo que se trata es de revisar las viejas categorías con que pretendemos dar cuenta de aspectos de la realidad que no pueden explicar del todo, «aspectos de las formas empíricas de movilización social, de conflicto y de protesta que las

herramientas de la sociología o la ciencia política son incapaces de explicar» (Melucci, 1998: 367-368).

No obstante, otros autores, como Boaventura de Sousa Santos (1998:319, 442–447), han seguido trabajando la categoría «nuevos movimientos sociales», primero, con la convicción de que hay alguna novedad en ellos y, segundo, elaborando la categoría a partir de la experiencia desde dentro de los movimientos sociales (nuevos), como Boaventura de Sousa Santos, además, en un enfoque *desde el Sur*. El argumento del autor por la novedad se centra en *el tipo de emancipación* por el cual luchan los movimientos sociales, cuya satisfacción no se produce automáticamente por los cambios legales/formales, lo cual exige una *reconversión* de procesos de socialización, es decir, culturales y de los modelos de desarrollo o, en algunos casos, acciones inmediatas que denuncien o llamen la atención sobre los problemas en cuestión.

Personalmente asumo que las dos líneas del debate no son excluyentes: es claro que las herramientas teóricas tradicionales no son suficientes hoy, como sostenía Melucci y creo que Santos está precisamente en esa búsqueda empírica, desde dentro de los movimientos sociales.

Para este enfoque de «los nuevos movimientos sociales» ha sido más importante indagar por los procesos de construcción de identidad colectiva¹ que tienen lugar en la formación, organización y movilización de estos grupos, elementos especialmente relevantes cuando los conflictos ya no se basan exclusivamente en la clase social, sino en el género, la raza y otras formas de solidaridad que ya no son consistentes con los enfoques tradicionales de la acción colectiva. Frente a las «antiguas» identidades preconstituidas como las de clase (proletariado, burguesía), las teorías de los (nuevos) movimientos sociales sostienen que los actores sociales colectivos se constituyen como tales en los procesos y espacios en que exponen sus demandas y avanzan en sus luchas. (Sabucedo, 1998: 175-177).

Sin embargo, es importante reconocer la existencia de incongruencias entre las prédicas y las prácticas ya que, como bien subraya Touraine, «...un movimiento social es un conjunto cambiante de debates, tensiones

¹ Durante la década de los ochenta comienzan a multiplicarse las investigaciones que toman como categoría central el concepto de «identidades colectivas», siguiendo las aportaciones de Touraine y Melucci, fundamentalmente.

y desgarramientos internos; está tironeado entre la expresión de la base y los proyectos políticos de los dirigentes» (2000:104). También –añadiría–, entre iniciativas y expresiones del movimiento que compiten por espacios, recursos y adhesiones.

Los movimientos sociales actúan en contextos en los que se confrontan discursos, compiten frente a creencias y representaciones mayoritarias, y parte de su propósito es hacer visibles sus discursos así como modificar creencias y valores dominantes (Sabucedo. 1998:175-177), como en el caso de las organizaciones de mujeres. Es por ello que, tratándose de contextos donde las condiciones de desigualdad siguen siendo críticas, los movimientos sociales contemporáneos orientan sus acciones en dos dimensiones, inseparables a juicio de Fraser (1997:17-52): la redistribución (el problema de la igualdad de derechos y oportunidades) y el reconocimiento (el problema de la identidad).

Las organizaciones feministas y de mujeres

¿Qué pasaba entonces, empíricamente hablando, con la movilización de las mujeres en el contexto latinoamericano? Álvarez (1994); (Saporta et al., 1994:75) narra que en los años 60 y 70, la mayoría de las fundadoras de la segunda ola del feminismo latinoamericano, estaban comprometidas con la lucha por la justicia social, contra el capitalismo salvaje, contra los militares y las élites políticas, al tiempo que rechazaron al Estado y evadieron la arena política tradicional. Muchas se vincularon a organizaciones de izquierda, algunas ilegales, y a partidos legales de oposición y centraron su trabajo en la lucha por la participación de mujeres obreras, organizaciones populares, en sindicatos, movimientos por derechos humanos y de supervivencia, entre otros, lo que luego se constituyó en lo que se conocería con el nombre de *movimiento de mujeres*, con muchas tensiones y diferencias en su composición social, étnica y política.

En Colombia –recuerda Beatriz Quintero, activista fundadora del movimiento–, confluyeron las mujeres comprometidas con la izquierda y las de la anterior ola sufragista que lucharon por la ciudadanía de las mujeres; se inicia, así mismo, la influencia de las femi-

nistas europeas que con la Campaña por el aborto libre y gratuito, en las mujeres vinculadas a los movimientos de izquierda, fundamentalmente los trotskistas. Esta influencia se hace más evidente en los años 80, pero se inicia en los 70, y hace parte de las discusiones de las mujeres en las reuniones de las «internacionales socialistas». Así que, concluye, puede decirse que el movimiento de mujeres en América latina y específicamente en Colombia, es producto de una mezcla de influencias del sufragismo, de las luchas por el derecho a decidir y de las militantes de izquierda.

Sin embargo, no es sino hacia la década de los años 80 y coincidiendo con el desarrollo de los encuentros Latinoamericanos y del Caribe², cuando se registra en la literatura una cierta producción, generalmente escrita por académicas investigadoras y activistas que etiquetarán estas experiencias como *movimiento feminista/de mujeres*³. Simultáneamente se produce la movilización de mujeres urbano-populares que, desde una postura clasista, mantienen una autoidentificación no como feministas, pero específicamente orientadas por reivindicaciones de derechos de las mujeres; así, unas veces serán las mujeres en los movimientos y otras los movimientos de mujeres, algunas *confesas* feministas, otras no; y, la mayoría de las veces, serán feministas con algún apellido: socialista, liberal, autónoma, militante...

Un punto de partida a subrayar del movimiento feminista latinoamericano desde los tempranos setentas, así como de sus congéneres del norte, es el desafío que plantea no sólo a los códigos culturales modernos sino a los milenarios. En la modernidad este desafío se centra en el sujeto universal «Hombre», construido por la filosofía racionalista y la ciencia.

Quizá por la misma razón de su alteridad subalternizada por aquel sujeto dominante, en el caso de la acción colectiva y su teorización o conceptualización, en la literatura prima el registro de las dinámicas y los debates políticos que han acompañado la formación del «sujeto femenino» y sus luchas identitarias, más que un cuerpo teórico/político/estratégica de su proyecto de emancipación como movimiento social⁴.

En Colombia, la última etapa del movimiento social,

² Para una visión sucinta ver: García Carmen Teresa y Valdivieso Magdalena, 2005.

³ Ver: Jelin Elizabeth, 1987; Vargas Virginia, 1994; Saporta Navarro y Álvarez, 1994; Jaquett Jane, 1994; Lamas Marta, 1994; Álvarez Sonia, 1994; Amy C. Lind, 1994; Villarreal Norma, 1994; Molineux Maxime, 2003.

⁴ Ver información más detallada y sustentada en Lamus, Doris, 2007.

post sufragismo, data de los años 70⁵. Este *nuevo feminismo* va a reivindicar la que será una de sus banderas más caras (cuyo contenido se ajustará con el tiempo a las nuevas circunstancias): la autonomía frente al padre, «el compañero», el Estado, la Iglesia y toda institución o relación que subordine, subyugue, discrimine o explote. Se construirán diversas tendencias de ese feminismo, afines con distintas posturas políticas y teóricas; pero, la diferencia fundamental con el feminismo precedente, el de las sufragistas, va a ser la crítica a todos aquellos dogmas y valores imperantes en la cultura que naturalizan la subordinación femenina. El cuestionamiento a la separación público/privado y la consecuente exclusión de las mujeres de lo público y político, concentrarán las demandas de cambio del movimiento.

Este nuevo ciclo se inicia en los años 70, con la formación de grupos pequeños, informales y aislados, ubicados principalmente en las grandes ciudades. Sin embargo, de manera creciente y sostenida, con periodos de poca agitación pero no de declive, el proceso organizativo avanza a lo largo de los años 80, fortaleciéndose y consolidándose por toda la geografía nacional. Este crecimiento va a implicar la temprana incorporación en el movimiento de múltiples diferencias: de clase, raza, etnia, orientación sexual y religiosa, así como posiciones teóricas y políticas y, por consiguiente, la emergencia de conflictos, antagonismos y rupturas. El rechazo, la crítica y la desconfianza frente a las instituciones del Estado, los partidos políticos y, en general, todas aquellas estructuras de dominación patriarcal, caracterizan las posturas de organizaciones y militantes, hasta avanzados los años 80.

En esta década, la institucionalización de una Agenda global para las mujeres promovida por Naciones Unidas, contribuye al fortalecimiento de organizaciones y redes transnacionales, así como al ingreso de discursos y demandas del feminismo al Estado y a muchos otros espacios de la sociedad. Conforman también el escenario, en los años 90, situaciones de orden nacional como los procesos pre y posconstitucionales de 1991, y el auge de nuevas formas de relación entre el Estado y la sociedad civil que favorecen el crecimiento de grupos constituidos ahora en ONG, que afirmarán las nuevas tendencias en la orientación del movimiento,

en el contexto de la globalización neoliberal.

Pero, las organizaciones sociales en general, así como las de mujeres, tienen que enfrentar en Colombia una situación de violencia y confrontación armada entre guerrillas, paramilitares, mafias narcotraficantes y las fuerzas regulares del Estado. El alto nivel de degradación de la confrontación armada, no sólo afecta directamente el cuerpo y la vida de las mujeres, sino que también es factor decisivo tanto en los procesos de articulación o no del movimiento, como en la reorientación de sus acciones.

De este modo, la guerra no declarada que vive Colombia sitúa en el lugar de las reivindicaciones originales del movimiento aquellas demandas que la tensión guerra/paz hace más visibles, urgentes o «políticamente correctas», como es el caso de la atención humanitaria a las víctimas. Así mismo, en el contexto de la guerra, se hace difícil, si no imposible, encontrar un referente que aglutine y articule, por encima de los intereses particulares o grupales; ni la paz puede constituir ese referente. Frente a la guerra y la paz, así como frente a las posturas de los distintos actores armados, legales e ilegales, y del Estado mismo, las decisiones que se toman y las elecciones que se hacen, fracturan a la sociedad civil, a los movimientos sociales y, de forma particular, a las iniciativas de mujeres en Colombia.

La conformación actual del movimiento

Visto empíricamente, en la transición al siglo XXI, el movimiento está constituido por diferentes corrientes del feminismo, así como por otras vertientes que no se reconocen feministas pero que en sus reivindicaciones incluyen la «igualdad de derechos» o «la equidad de género», como objetivo central, organizadas de muy diversas maneras, formales e informales; es, además, no sólo heterogéneo como se ha observado desde su formación, sino móvil, pues sus componentes constitutivos se agrupan y desagrupan, desaparecen y reaparecen, crecen, se multiplican y dividen.

Su proceso de organización y constitución ha sido desigual, siendo significativa la influencia ganada por las expresiones del movimiento en las grandes capitales y, en alguna medida, desde éstas a las regiones⁶, influencia ligada en buena medida a situaciones críticas

⁵ Idem.

⁶ Sobre la conformación regional en la Costa Caribe y el Nororiente colombiano, ver Lamus Doris, *Op. cit.*

internas del país, particularmente de orden político, en el contexto de la última etapa de violencia que Colombia vive desde mediados del siglo XX. Otros procesos se relacionan con una dinámica internacional del movimiento, como la construcción global de la agenda promovida por Naciones Unidas a lo largo de las últimas décadas del siglo XX, así como una serie de encuentros latinoamericanos y del Caribe, los cuales han conformado el espacio de interacción y debate del movimiento en la región.

El desarrollo de las distintas vertientes del movimiento ha sido creciente durante las dos últimas décadas (80/90), al igual que en los demás países de la región. Sobresalen las redes nacionales e internacionales, algunas especializadas en temas y problemas (la crisis económica y la deuda externa, la salud sexual y reproductiva, las trabajadoras domésticas, los derechos humanos, movimientos por la paz y contra la guerra, las mujeres afrocaribes, el aborto y contra la violencia sexual y doméstica).

En tiempos más recientes y en unos países primero que en otros, ha tenido lugar un desarrollo creciente de la academia feminista en instituciones universitarias y de investigación, dando lugar al avance de los así denominados Estudios de Género⁷ que enriquecen y alimentan el debate y la acción colectiva. Igualmente creciente ha sido el proceso de institucionalización del movimiento en organizaciones no gubernamentales y de su discurso en instancias estatales, desde el nivel local hasta el internacional. Pero una relación directa y abierta con el Estado sólo se plantea a finales de los años 80, pues como se ha comentado para el contexto latinoamericano, el movimiento feminista se destacó, en sus comienzos, por una particular desconfianza con la institucionalidad política.

En Colombia, además de las características señaladas y que comparte con el movimiento en la región, se destaca la organización de mujeres –feministas unas, otras no– alrededor de los problemas de la guerra y la paz; los efectos de la guerra sobre los cuerpos de las mujeres y los territorios; la demanda de salidas negociadas al conflicto armado y la presencia de las mujeres

en tales negociaciones. En este sentido, también podríamos hablar de *mujeres en los movimientos*: en el de derechos humanos, en los movimientos por la paz, ecologistas, «anti-globalización», es decir, movimientos transnacionales que agrupan a muchos otros, dentro de los cuales las mujeres y sus organizaciones participan.

En este panorama, el movimiento de mujeres ha ido ampliando e innovando las formas de participación, así como las relaciones con el Estado, sin abandonar sus reivindicaciones referidas a la vida privada, las cuales pasan a ser un elemento más de la política de identidad del feminismo. Sin embargo, *el gran interrogante, a mi juicio, es si esa apertura a nuevas reivindicaciones desplaza las propiamente feministas y hasta qué punto replantea/reorienta/aplaza el proyecto de transformación que le dio origen al movimiento.*

Desde el punto de vista empírico, en la propia construcción y autodefinition, se identifican en las distintas iniciativas actuales⁸, lo que se entiende como «el movimiento» (como uno); sin embargo, esta no es una posición homogénea, puesto que están en juego identidades particulares, como lo muestra la historia de las mujeres sindicalistas que llegan al movimiento de mujeres feministas, del cual no formaban parte en principio, pero al llegar a éste su identidad y afiliación clasista resulta «disuelta» en las propuestas de las feministas⁹. Del mismo modo podríamos identificar otras diferencias entre las mujeres por su condición étnica (negras, afros, raizales e indígenas), o por sus preferencias sexuales (LGTB).

Algunas creen en una suerte de movimientos diversos de mujeres que se diferencian en muchas de sus «apuestas», pero que tienen *algo* en común; ese movimiento es, en este discurso, polifónico y policromático¹⁰ y sus logros no deben medirse con los parámetros convencionales de éxito o eficacia, pues importa más el proceso. En esta perspectiva y en el largo plazo, descubrimos que se ha logrado mucho más de lo que a veces reconocemos y valoramos. En cuanto a sus apuestas, esta tendencia sostiene que somos tantas que es legítimo y no contradictorio, estar

⁷ Ver: Puyana Villamizar Yolanda, 2004; Wills María Emma, 2007.

⁸ Se autodenominan iniciativas las propuestas de acción colectiva claramente identificadas en el ámbito nacional; toman formas operativas en programas, proyectos, redes, articulaciones estratégicas, alianzas, entre otras.

⁹ Ver: Buriticá Patricia, 2004.

¹⁰ La idea original es de Sonia Álvarez, *Op. cit.*

en la incidencia política, en las manifestaciones contra la guerra o en la lucha por la ciudadanía, en los derechos humanos de las mujeres y en otras tantas iniciativas¹¹.

Con respecto a la concepción del movimiento como *uno*, quienes defienden esta definición consideran que está formado por *diversas expresiones*, de las cuales una es la de las feministas en la academia que tiene una función muy específica cual es la de producir reflexión crítica, conocimiento, teoría, sobre el movimiento y alimentarlo con ella, función que algunas creen, no cumple cabalmente y más bien que las académicas feministas compiten con el tipo y nivel de conocimiento que producen otras agrupaciones, como las organizaciones no gubernamentales, ONG.

En esta perspectiva, la pregunta que ronda insistentemente la reflexión es ¿cómo apuntar hacia una meta común: la apuesta originaria de transformar las relaciones de dominación patriarcal que a pesar de los cambios, requiere seguir penetrando todos los espacios de la vida social?¹²

No obstante, en esta tendencia hay que diferenciar a quienes comparten esta idea de un proyecto ético y político de transformación cultural –ese «algo» que nos une y no siempre se nombra– y otros sectores que no creen en la necesidad de esas profundas transformaciones, sino que, más bien, piensan que los cambios se producen mediante la participación de las mujeres en diversos escenarios, especialmente en los públicos y políticos donde, –creen–, se toman las decisiones que nos afectan, con dos implícitos discutibles, pero que no abordo en este artículo: uno, que el sistema da acceso directo a esos lugares de tomas de decisiones vía participación política y dos, que la presencia de las mujeres modifica las reglas y el campo de juego.

Teóricamente es posible establecer una diferencia entre quienes creen en la necesidad de cambios estructurales radicales, es decir, el movimiento por la emancipación de la mujer y quienes creen en la vía de los cambios formales o legales, o sea el movimiento por los derechos de las mujeres, como lo registra Lerner.

El movimiento por los derechos de las mujeres (...) trata de obtener la igualdad de las mujeres con los

hombres en cualquier aspecto de la sociedad y hacer que accedan a todos los derechos y oportunidades de que disfrutaban los hombres (...) [Este] en esencia es un objetivo reformista. El término emancipación de la mujer significa libertad frente a las restricciones opresivas que impone el sexo, autodeterminación y autonomía, libertad de las restricciones biológicas y sociales para decidir el propio destino. Todo lo cual implica una transformación radical de las instituciones, valores y teorías existentes (Lerner, 1990: 337).

No obstante, en el ejercicio político, estas dos versiones se superponen, en ocasiones inconscientemente, en otras estratégicamente, y se actúa en diversos escenarios con ambos horizontes de sentido, uno de corto y mediano plazo, y otro de más largo aliento, por lo general menos consciente y explícito, pero ambos con estrategias diversas y creativas, en la mayoría de los casos, en un contexto social y cultural que asume que las mujeres ya han logrado la posición que reclamaban las feministas de los 60 y que, por tanto, hoy no tiene sentido un movimiento feminista o de mujeres.

El ejercicio realizado con una pequeña «muestra» de participantes en un Seminario Nacional al cual me he venido refiriendo, me permite llamar la atención sobre algunos de los asuntos más evidentes allí observados:

La diferencia entre posturas que podríamos llamar liberal/reformistas, junto a otras tal vez más radicales en cuanto a las transformaciones requeridas, y un tercer grupo, que le apunta a una comprensión más compleja, en el sentido de que toda estrategia es válida para alcanzar el objetivo.

En este mismo espacio y lugar, encontramos colectivos específicos que además de integrar el amplio movimiento de mujeres, construyen expectativas en relación con él, como es el caso de las feministas en la academia, que se diferencian de las activistas y de las intelectuales, técnicas o expertas vinculadas a las ONG.

Se evidencia también, en este muy restringido grupo, la diversidad de apreciaciones posibles sobre el ser del movimiento de mujeres/feministas, de éstas sobre sí mismas, así como lo difuso del propio horizonte

¹¹ Barraza Cecilia, 2004, profesional en ONG.

¹² Percepciones de Laura Vitale, profesional independiente, expresadas en el Taller Movimientos Sociales, Seminario «Género, mujeres y saberes en América Latina», en la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, octubre 2004.

¹² Ver anexo 1: Fotografía

de sentido de la acción, pese a una especie de sentir colectivo de ese «algo que nos une» que emerge reiteradamente en los discursos, sin nombrarlo. Si bien cada día el avance de las organizaciones, el trabajo desde la academia y la propia lucha política institucional ha ido dando un lugar de mayor visibilidad en los distintos escenarios a las mujeres, su propia diversidad, propuestas y proyectos, hace propicia la emergencia de tensiones, confrontaciones y conflictos en su interior.

Es así como existe una lectura de las «rupturas» y «desencuentros» del o de los movimientos, por parte de algunas activistas y analistas, quienes perciben estos procesos como «fragmentación». Sin embargo, desde la óptica de quien analiza un movimiento como este, complejo y diverso, con múltiples posturas frente al feminismo y en relación con proyectos identitarios promovidos por otras agendas de mujeres (en que los temas ya no son sólo «de género», sino de generación, raza/etnia, orientación sexual y adscripciones de clase, religiosidad, filiación política, entre otras muchas); en un contexto también complejo y ambiguo como el colombiano, en cuanto al conflicto armado y las características del régimen político, quiero proponer una *hipótesis de lectura* de la «fragmentación» del movimiento en las coordenadas en que Laclau y Mouffe (2004: 154) lo proponen y que recojo en el epígrafe que da entrada a este artículo: «*No es la pobreza de significados, sino, al contrario, la polisemia, la que desarticula una estructura discursiva*».

En este sentido, el movimiento entendido como «diversos movimientos, con algo en común», coincidiría en su estrategia, con la idea de estar *afuera, adentro y en contra* (Walsh, 2004: 135-136), como postura adecuada y congruente con la complejidad de los procesos culturales y políticos contemporáneos, por una parte; y permitiría también hacer una lectura positiva de lo que habitualmente se lee como «fragmentación», en términos de la no clausura, de la parcialidad de los discursos y las identidades (Mouffe y Laclau, 2004.).

Un esfuerzo de reconstrucción del «entramado» de organizaciones que conforman el movimiento se

encuentra en la propuesta elaborada por Yusmidis Solano (2003: 99) a partir de la movilización llevada a cabo el 25 de julio de 2002¹³, en la que más de 35.000 mujeres de la regiones más remotas del país, se organizaron y encontraron en la capital del país, para manifestarse contra la guerra, en uno de los hechos históricos más significativos de los últimos tiempos. Se trata de una lectura del movimiento social de mujeres en Colombia desde la idea de coordinación social mediante redes (Lechner, 1999: 77-121).

El movimiento de mujeres está compuesto por el accionar y las manifestaciones de las mujeres en contra de la explotación, exclusión, opresión y/o subordinación que sufren como género y por la expresión amplia de sus propuestas alternativas de transformación de las condiciones que generan tales situaciones. Se construye a partir de la común desigualdad que viven las mujeres, pero las mujeres no son un colectivo homogéneo, porque además de su condición genérica ellas comparten con los hombres estratificaciones, segregaciones y jerarquizaciones construidas a partir de la clase, etnia y «raza», región, edad, orientación sexual, etc. El de mujeres es entonces un movimiento que reconoce y recoge la diversidad de identidades e intereses de las mujeres» (Solano. 2003: 104).

El «entramado» del movimiento está constituido por conjuntos de organizaciones de mujeres en su mayor parte, pero también las hay mixtas en menor proporción. Son mayoritariamente ONG, pero también lo integran organizaciones gubernamentales, como las del sector sindical, por ejemplo. Forman parte también del movimiento, los Centros de Estudios/Documentación de las Universidades Públicas (Nacional, Valle, Antioquia, Barranquilla, Cartagena) u otros programas como en la Universidad de Caldas; también hay centros de documentación en ONG, como el de la Fundación Mujer y Futuro –Centro de Estudios Magdalena León–, en la Corporación Mujeres que Crean, en la Organización Femenina Popular de Barrancabermeja, entre otras organizaciones. Existen organizaciones y grupos algunos locales e informales, otros de cobertura nacional, de mujeres populares, campesinas e indígenas, así

¹³ El consorcio es una figura propia del derecho privado y es utilizado ordinariamente como un instrumento de cooperación entre empresas, cuando requieren asumir una tarea económica particularmente importante que les permita distribuirse de algún modo los riesgos que pueda implicar la actividad que se acomete, aunar recursos financieros y tecnológicos y mejorar la disponibilidad de equipos, según el caso, pero conservando los «consorciados» su independencia jurídica. «El consorcio es una figura contractual atípica en Colombia, que puede ubicarse como una especie de los denominados por la doctrina, contrato de colaboración empresarial». Cfr. Jaime Arrubla, 1992.

como de afrodescendientes, especialmente en las regiones de mayor concentración de población de estas comunidades.

El tipo de organización más compleja lo constituyen las redes de redes, también las plataformas, una suerte de alianzas y estrategias de trabajos entre diversas organizaciones en ocasiones mixtas. Dentro de las redes y plataformas se pueden encontrar programas, proyectos, grupos organizados formalmente o no, e, incluso, personas individuales, independientes. En toda esta compleja trama, se han ido formalizando mecanismos de captación, administración de recursos y rendición de cuentas sobre los mismos que dan lugar a la conformación de consorcios¹⁴ que tienen vigencia durante el desarrollo de determinados proyectos y la ejecución de la financiación. Estos entes cumplen la función de manejar los recursos sin convertir a las redes u alianzas de organizaciones en ONG, sin embargo, alguna de ellas como organización formal, tiene que asumir funciones administrativas y contables.

Desde la década de los años 90, el crecimiento de las organizaciones no gubernamentales ha sido notorio en toda la región y, en Colombia en particular, ha sido marcada la tendencia a formar este tipo de agrupaciones. En cada ONG, se puede encontrar aproximadamente la misma estructura organizativa: programas, proyectos, grupos. Existen, además, observatorios y mesas de trabajo, todo ello en versiones nacionales, locales, regionales e internacionales. Es importante subrayar el crecimiento de experiencias en cada región del país, en cada comunidad, en cada localidad, y con ello los encuentros interculturales¹⁵ de las mujeres colombianas, no necesariamente feministas, con sus congéneres indígenas, raizales, afros, campesinas, urbanas populares, mestizas, de clase media y alta, intelectuales, profesionales, cada vez más identificadas con la defensa de sus derechos como mujeres, pero también de los derechos territoriales, de las comuni-

dades, de la naturaleza, de la vida en todas sus expresiones (mujeres en los movimientos).

Como indiqué atrás, también forman parte del movimiento los grupos de mujeres feministas en la academia cuya influencia social y política más importante se da a través de los programas de formación a nivel de especialización y maestría y la producción de literatura e investigación acerca de la situación de las mujeres, al tiempo que amplían y complejizan los debates teóricos, filosóficos, políticos, así como los campos de intervención de las activistas (desplazamiento forzado, políticas públicas, ciudadanía, derechos humanos). Por esta vía se ha formado un importante número de mujeres de diferentes regiones, condiciones económicas y socioculturales, de lo cual se esperaría una cierta democratización de los discursos, proyectos y debates feministas o «de género» y por supuesto, su incorporación en nuevas prácticas de vida y relación en los espacios cotidianos y públicos.

Las «apuestas políticas»¹⁶ son también diversas, acentuándose su orientación, desde mediados de los 90, en dos sentidos: una, por la salida negociada del conflicto armado, contra la guerra y por la paz y, dos, por la incidencia política, lo que implica interlocución con el Estado, organizaciones gubernamentales de nivel local, regional o nacional, buscando ubicar en la agenda pública los temas y los intereses de las mujeres, y con éstos los de las comunidades y del país en su conjunto. Este deslinde reconfigura política y estratégicamente el movimiento de mujeres, en el contexto de «nuestra guerra sin nombre»¹⁷. Sin embargo, avanzado el nuevo siglo, cada vez más, la primera incursión hacia las estrategias de la segunda y a la inversa.

Desde mi particular óptica, creo que, aunque son opciones no excluyentes, las divisiones parecieran defender parcelas propias o apropiadas de las reivindicaciones feministas/de mujeres. De hecho, muchas de las organizaciones combinan «apuestas», con

¹⁴ Entiendo la *interculturalidad* como práctica antihegémica orientada a revertir la designación de algunos conocimientos como legítimos y universales y a potenciar otros, especialmente aquellos relacionados con la naturaleza, el territorio y la ancestralidad y el espacio local de saberes. Ver: Walsh Catherine, 2001.

¹⁵ Estas apuestas se evidencian en los años 90, después de la agitación postconstituyente, y luego de una tregua durante la cual los movimientos sociales pensaron que la guerra llegaba a su fin; pero el narcotráfico la fortaleció. Los objetivos sociales y políticos de los grupos guerrilleros se fueron desdibujando y transformando en acciones de fuerza y destrucción. Pero pasaron algunos años antes de reconocer que nada justifica una guerra como la que padecemos.

¹⁶ Título de la obra publicada por el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia, Editorial Norma, Bogotá, 2005.

¹⁷ De los nudos y articulaciones me ocupo en *De la subversión a la inclusión...*2007.

algunos énfasis que pueden ser coyunturales, estratégicos y/o estar condicionados por el tipo de financiación a la que se accede. En las regiones, las seguidoras de distintas -y teóricamente opuestas- iniciativas nacionales, se juntan en ciertos eventos y actúan como movimiento, sin mayores consideraciones a las diferencias en «las camisetas», como suelen referirse al tema de la pertenencia a las distintas iniciativas propuestas. El trabajo de apoyo en las movilizaciones o en los actos públicos, es altamente solidario y convoca de manera amplia a las organizaciones no sólo feministas¹⁸.

Aunque las acciones de las organizaciones se han orientado, en la transición al nuevo siglo, hacia la intervención en programas de atención de población afectada por conflicto armado, en particular víctimas del desplazamiento forzado, se mantienen redes especializadas como la de Derechos Sexuales y Reproductivos así como campañas frente a la violencia de género, desarrolladas desde las distintas redes y desde las organizaciones locales. Sin embargo, hoy este tipo de violencia contra las mujeres deja de ser denunciada exclusivamente como «violencia doméstica», como en décadas pasadas, haciéndose mucho más visible aquella de que son objeto las mujeres en un país en guerra, sobre todo en el campo, por parte de todos los grupos armados, legales o no. Desde los movimientos de mujeres se habla hoy de la lucha por una vida sin violencias, que implica la violencia en lo privado, la búsqueda de ciudades seguras para las mujeres y la denuncia de la violencia como algo sistemático en el conflicto armado. Ellas hoy se movilizan por todas sus víctimas.

Diversas movilizaciones nacionales, regionales o locales en los últimos años¹⁹, son ejemplo de organización y autocontrol. Aunque poco visibles en el escenario público y los medios de comunicación comerciales, han llevado las demandas de las mujeres a lugares apartados de la geografía nacional. También el recurso a iniciativas creativas, artísticas, estéticas y simbólicas, forman parte del nuevo repertorio. En ello han tenido mucha incidencia las nuevas generaciones vinculadas

a las organizaciones y al movimiento, al igual que el acceso a nuevas tecnologías de información.

En este sentido resulta importante reconocer con Melucci (1998:379) que «el movimiento está presente antes de que la movilización se haga visible...; [el movimiento] no se podría explicar si no dependiera de un discurso existente previamente, de una orientación de la acción y de redes de solidaridad...». Así entendido, el movimiento es tal antes de que se produzca la movilización, ya que cada marcha, cada actividad de incidencia, cada plantón, requiere de una preparación, así como de coordinación interna y, en el caso de las movilizaciones masivas, se ha de desarrollar una cuidadosa logística que tome las medidas necesarias de seguridad y autoprotección, para garantizar la integridad de las participantes. Siendo consistentes con sus postulados antimilitaristas y no-violentos, las movilizaciones de mujeres no hacen uso de la fuerza, ni de armas, no lanzan piedras, ni explosivos, sólo sus consignas, su presencia, su palabra y sus símbolos, que sin embargo resultan en extremo peligrosos y por ello se ignoran, silencian o simplemente se aplazan frente a otras prioridades.

Es evidente también la apertura/cercanía a organizaciones que defienden otras identidades de clase, raza, etnia –particularmente las afros están presentes en muchos escenarios de mujeres, así como las raizales, no sin contradicciones–, y generación, así como las organizaciones de LGTB que han introducido las demandas de parejas homosexuales por los derechos patrimoniales en los debates del Congreso y la Corte Constitucional.

Pero, si bien todas las diferencias existentes en el movimiento, sus organizaciones y militantes, marcan tensiones y contradicciones importantes entre ellas, las rupturas más importantes, en los últimos años, responden a posturas ideológicas y políticas con respecto al Estado y su responsabilidad frente a la naturaleza, origen o causas del conflicto armado. En la medida en que la violencia se fue recrudeciendo dramáticamente, el cuestionamiento se dirigió, a cada

¹⁸ Buscar en: <http://www.rutapacifica.org.co/nuevositio/mujeresnegro.htm>

¹⁹ A riesgo de quedarme corta, debo mencionar a las siguientes organizaciones y redes que destacan por sus actuaciones en el concierto regional, nacional e internacional: Organización Femenina Popular de Barrancabermeja, Red Nacional de Mujeres, Ruta Pacífica de Mujeres, Alianza Iniciativa de Mujeres por la Paz, Mesa Nacional de Concertación de Mujeres, Movimiento Nacional de Mujeres Autoras Actoras de Paz.

uno de los actores armados, y no sólo al Estado. Se cuestionó la pertinencia o no de la guerrilla, su carácter de fuerza beligerante o terrorista y sus actividades en el negocio de la droga. Narcotráfico y paramilitarismo complejizan el panorama y su comprensión, a la vez que divide las opiniones de los colombianos y torna difíciles las alternativas para buscar la paz.

De este modo, en alguna medida, las diferentes posturas frente a la guerra, tomaron cuerpo en las más importantes iniciativas de mujeres a partir de los años 90²⁰, reorientando o adecuando sus acciones al seguimiento crítico de la política estatal. En este contexto, en las organizaciones crece la exigencia de definir posición frente a la guerra y la democracia. Surgen nuevos debates en torno al conflicto armado y la búsqueda de la paz: verdad, justicia y reparación, son asuntos que hoy congregan y dividen.

Aunque estas y otras muchas iniciativas demandan parar la guerra y encontrar formas de convivencia dignas para Colombia, las distintas interpretaciones que ellas tienen sobre la guerra y la paz, dificultan un consenso y, por consiguiente, la posibilidad de articulaciones estratégicas conjuntas.

Recientemente, con el auspicio de la Cooperación Internacional, se han intentado «alianzas» para construir propuestas conjuntas de paz, sin embargo, los resultados han sido infructuosos²¹. Las organizaciones se polarizan y en medio de ininteligibles disputas, la agenda feminista se diluye, se aplaza, se desplaza.

Reflexiones finales

Si bien el trabajo de investigación realizado en *De la subversión a la inclusión*, me permite identificar aquí algunos logros y limitaciones del movimiento que no se derivan necesariamente de este artículo, pero que creo, sin embargo, oportuno incluir aquí, por cuanto forman parte de las conclusiones allí señaladas.

En un ciclo siempre creciente que se inicia en los 70, y fortalece en los 80 y consolida en los 90, *el movimiento amplio de mujeres/feministas de Colombia*, llega al siglo XXI incursionando por todos los espacios posibles: la calle, la plaza, el aparato burocrático administrativo estatal, las instancias de designación y de elección, los partidos, la academia, los organismos no gubernamentales, en una tupida

trama de grupos, redes, asociaciones, locales, regionales, nacionales e internacionales, que hoy en mayor o menor medida se inspiran en un proyecto de transformación cultural y epistémico que se propuso luchar contra las múltiples formas de discriminación, exclusión y explotación de las mujeres.

Sin embargo, *las articulaciones son episódicas*, cuantitativamente exitosas, pero cualitativamente débiles y coyunturales. Las divisiones parecen obedecer, en alguna medida, a antiguos antagonismos no muy generalizados, por fortuna. Y, las articulaciones, a circunstancias favorecidas –entre otras razones– por la posibilidad de acceso a recursos. El control de recursos y el poder que ello genera es hoy una de las causas de la desarticulación del movimiento.

Sin embargo, más que «moralizar» sobre la financiación, lo que quiero subrayar fundamentalmente es que *no hay en las agendas de las organizaciones un objetivo común de construir alianzas, articulaciones, estrategias de trabajo conjunto, más allá de la coyuntura*. No parece existir, intencional y conscientemente, un horizonte de sentido de mediano y largo plazo acorde con el proyecto de transformación que supone sustentar el movimiento y sus políticas. De la experiencia conjunta, de los aprendizajes –siempre positivos y formativos–, de los acumulados del trabajo que estos procesos implican, no se derivan las consecuencias de mayor cohesión y estructuración *como movimiento social*. ¿Sigue siendo feminista el movimiento?

En la dinámica general del movimiento se observa siempre que, frente a las rupturas, en el movimiento amplio, existen unos colectivos –y quizás algunas personas– que retoman los procesos y continúan, a pesar de «las fracturas». Visto así, la diversidad, complejidad, amplitud del movimiento no es *per se* negativa; el problema radica en cómo esas diferencias se articulan estratégicamente y no en cómo las subrayamos por cuanto esta postura dispersa las luchas.

Para el caso de los movimientos sociales contemporáneos, tanto en la teoría como en su praxis, la relación con el Estado y con otros actores de la sociedad civil es particularmente relevante. Si bien en décadas pasadas la relación con el Estado era altamente conflictiva y problemática y marcar distancia era lo «políti-

²⁰ Vitale Lagos Laura, 2006.

camente correcto», para los movimientos hoy, el estar *adentro, afuera y en contra* no es inconsistente; por el contrario, resulta estratégicamente necesario y conveniente.

En este sentido, lo que como observadora externa percibo, es una amplia movilización de mujeres que están liderando diversas iniciativas, *un movimiento que con estrategias desde afuera, desde dentro y en contra, incide en diferentes espacios de la vida nacional e internacional.*

Esta visión no riñe, por supuesto, con la necesidad de una mayor autocrítica, así como una revisión a las orientaciones que, en el contexto del conflicto armado colombiano, han tomado las distintas organizaciones del movimiento.

Se requiere pues, *mayor conciencia crítica* para evaluar permanentemente las metas, el horizonte de sentido hacia donde se quiere conducir los esfuerzos, pero sobre todo para reflexionar acerca de muchas formas de *colonización interna y externa* que limitan los procesos de transformación propuestos en principio.

Sin pretender restar méritos al trabajo académico, de estudio, debate, confrontación y, por supuesto, de adaptación, apropiación, selección y aplicación por las organizaciones del movimiento, de un conjunto de discursos en sus acciones e intervenciones, es menester agudizar *el criterio y la crítica constructiva* frente a categorías, métodos, estrategias, temas y áreas de trabajo que hoy circulan entre nosotras.

Anexo 1: Fotografías



Las mujeres de Colombia Pazharán movilizándose contra la guerra
Por la carrera 7ª de Bogotá, del Parque Nacional a la Plaza de Bolívar.



Nosotras, mulatas, negras, afrocolombianas, jóvenes, campesinas, urbanas, trabajadoras, amas de casa, mujeres de todos los estratos sociales, religiones y etnias, procedentes de las diversas geografías del país hemos decidido convocar y hacer presencia en esta Plaza de Bolívar, para alzar nuestras VOCES DE REBELDÍA que darán testimonio de que aquí estuvimos las mujeres, manifestando Nuestro No Rotundo a la Guerra.

Referencias Bibliográficas

- ÁLVAREZ, Sonia (1994) «La (trans)formación del (los) feminismo(s) y la política de género en la democratización del Brasil». En: León, Magdalena (comp.) *Mujeres y Participación política. Avances y desafíos en América Latina*, Bogotá: Uniandes y Tercer Mundo Editores.
- AMY, C. Lind (1994) «Poder, género y desarrollo: las organizaciones populares de mujeres y la política de necesidades en el Ecuador». En: León Magdalena (comp.) *Mujeres y Participación política. Avances y desafíos en América Latina*, Bogotá: Uniandes y Tercer Mundo Editores.
- ARRUBLA, Jaime (1992) *Contratos Mercantiles*, Tomo II -Contratos Atípicos- 2ª edición, pp. 291 - 293. Recuperado el 11 de septiembre de 2008 de <http://juridica.udea.edu.co/hacer-ctoconsorcio.htm>
- BURITICÁ, Patricia (2004) *Identidad de la mujeres trabajadoras*. Ponencia presentada en el taller de Movimientos sociales, Seminario «Género, mujeres y saberes en América Latina», en la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, octubre 2004.
- BARRAZA, Cecilia (2004) Ponencia presentada en el Taller Movimientos Sociales, Seminario «Género, mujeres y saberes en América Latina», Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, octubre, 2004.
- FRASER, Nancy (1997) *Iustitia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición «postsocialista*. Bogotá: Siglo del Hombre Ediciones – Universidad de los Andes, pp. 17-52.
- GARCÍA, Carmen Teresa y Valdivieso Magdalena (2005) «Una aproximación al Movimiento de Mujeres en América Latina». *OSAL, CLACSO*, Año 6, No. 18, septiembre-diciembre, pp. 41-56. Recuperado el 11 de septiembre de 2008 de: <http://osal.clcso.org/espanol/html/OSAL%2018/AC18garciavaldivieso.pdf>
- GARCÍA Durán, Mauricio (2006) *Movimientos por la paz en Colombia 1978-2003*, Bogotá: CINEP.
- JAQUETT, Jane (1994) «Los movimientos de mujeres y las transiciones democráticas en América Latina». En: León Magdalena (comp.) *Mujeres y Participación política. Avances y desafíos en América Latina*. Bogotá: Uniandes y Tercer Mundo Editores.
- JELIN, Elizabeth (1994) «Ciudadanía e Identidad: las mujeres en los movimientos latinoamericanos, Ginebra, UNRISD, 1987». En: León, Magdalena, *Mujer y participación política. Avances y desafíos en América Latina*. Bogotá: Tercer Mundo.
- LACLAU, Ernesto y Mouffe, Chantal (2004) *Hegemonía y Estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- LAMAS, Marta (1994) «Algunas características del Movimiento feminista en Ciudad de México». En: León Magdalena (comp.) *Mujeres y Participación política. Avances y desafíos en América Latina*. Bogotá: Uniandes y Tercer Mundo Editores.
- LAMUS, Doris (2007) *De la Subversión a la Inclusión: Movimiento(s) de Mujeres de la Segunda Ola en Colombia, 1975 – 2005*. Tesis doctoral en proceso de publicación, Quito, Ecuador: Universidad Andina Simón Bolívar.
- LAMUS, Doris (2007) «La construcción de movimientos latinoamericanos de mujeres/feministas: aportes a la discusión teórica y la investigación empírica, desde la experiencia en Colombia». En: *Revista Reflexión Política* No. 18, Bucaramanga, Colombia: Universidad Autónoma de Bucaramanga, diciembre de 2007, pp. 118 – 132. Recuperado el 11 de septiembre de 2008 de <http://caribdis.unab.edu.co/pls/portal/docs/PAGE/REFLEXIONPOLITICA/REFL.POL.SEC.DEMOCRACIA.ART6.PDF>
- LECHNER, Norbert (1999) «Tres formas de coordinación social. Un esquema». *Revista de la CEPAL*, No. 61, abril de 1997. En: Lechner, Norbet, et al. (Edits), *Reforma del Estado y coordinación social*. México: Instituto de Investigaciones Sociales Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 77-121.
- LERNER, Gerda (1990) *La creación del Patriarcado*, Barcelona: Crítica.
- MELUCCI, Alberto (1998) «La experiencia individual y los temas globales en una sociedad planetaria». En: Ibarra, Pedro y Tejerina, Benjamín, *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. España: Ed. Trotta.
- MOLINEUX, Maxime (2003) *Movimientos de mujeres en América Latina*. Madrid: Ediciones Cátedra – Universidad de Valencia – Instituto de la Mujer.
- PRIETO, Patricia (2004) «Las mujeres colombianas en busca de la paz. Una aproximación a sus iniciativas y propuestas». *Programa de Paz y Seguridad en América Latina, UNIFEM*. Bogotá, Colombia.
- PUYANA, Villamizar Yolanda (2004) «Los Estudios de mujer y género en la Universidad Nacional de Colombia». Ponencia Seminario «Género, Mujeres y Saberes en América Latina. Entre el Movimiento Social, la Academia y el Estado». Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 25-28 de Octubre de 2004.
- SABUCEDO, José Manuel (1998) «Los movimientos sociales y la creación de un sentido común alternativo». En: Ibarra, Pedro y Tejerina, Benjamín (edits.), *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. España: Ed. Trotta.
- SÁNCHEZ, Gonzalo (comp.) (1986) *Pasado y Presente de la Violencia en Colombia*. Bogotá: CEREC.

- SANTOS, Boaventura de Sousa (1998) *De la mano de Alicia. Lo social y lo político en la posmodernidad*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- SOLANO, Yusmidia (2003) «Movimiento de mujeres en Colombia. Entramado actual del Movimiento de Mujeres en Colombia». En: Martínez, María Eugenia, *Cartografía de Mujeres, para pensar los derechos*, Bogotá: Red Nacional de Mujeres – Corporación Humanizar, Agosto de 2003.
- SAPORTA, Nancy, Navarro Marysa, Chuchryk Patricia y Álvarez Sonia (1994) «Feminismo en América Latina: De Bogotá a San Bernardo». En: León Magdalena (comp.) *Mujeres y Participación política. Avances y desafíos en América Latina*. Bogotá: Uniandes-Tercer Mundo Editores.
- TOURAINÉ, Alain (2000) *¿Podemos vivir juntos?* Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- RAMÍREZ, Patricia (2007) *Efectos de la (des)movilización paramilitar en la vida y el cuerpo de las mujeres en Colombia*. Ruta Pacífica de las Mujeres.
- VARGAS, Virginia (1994) «El movimiento feminista latinoamericano; entre la esperanza y el desencanto». En: León Magdalena (comp.) *Mujeres y Participación política. Avances y desafíos en América Latina*. Bogotá: Uniandes y Tercer Mundo Editores.
- VILLARREAL, Norma (1994) «El camino de la utopía feminista en Colombia, 1975-1991». En: León, Magdalena, *Mujer y participación política. Avances y desafíos en América Latina*. Bogotá: Tercer Mundo. *Avances y desafíos en América Latina*. Bogotá: Tercer Mundo.
- VITALE, Laura (2004) Intervención en Taller Movimientos Sociales, Seminario «Género, mujeres y saberes en América Latina». Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, octubre 2004.
- WALSH, Catherine (2001) «(De)construir la Interculturalidad. Consideraciones críticas desde la política, la colonialidad y los movimientos indígenas y negros en el Ecuador». En: *Interculturalidad y política. Desafíos y posibilidades*. Lima: Norma Fuller (Editora), Pontificia Universidad Católica del Perú, Universidad del Pacífico, Instituto de Estudios Peruanos-IEP. pp. 135-136.
- WILLS, María Emma (2007) *Inclusión sin representación. La irrupción política de las mujeres en Colombia, 1970 – 2000*. Bogotá: Grupo Editorial Norma de Colombia.

Artículos en red:

- Mesa de trabajo «Mujer y conflicto armado (2006). VI Informe sobre violencia sociopolítica contra mujeres, 2002-2006. Recuperado el 11 de septiembre de 2008 de: <http://www.mujeryconflictoarmado.org/>
- http://www.planetapaz.org/sectores/mujeres_noticias.htm
- <http://observatoriomujeres.org/html/documentos.html>

